

ESCUELA DE PADRES POR CORRESPONDENCIA

Carta nº 158: Cuaderno de vacaciones

Estimados padres:

Como todos los cursos (aunque no para todos por igual) el año que termina habrá ido despachando sus alegrías y sus decepciones. ¡Ojalá! que en el balance final, ganen las primeras a las últimas. ¡Ojalá! -también- que ni los mayores gozos nos confundan ni los peores atascos nos paralicen.

E, igual que nosotros, nuestros hijos han seguido avanzando. Y no sólo en centímetros que harán inservibles los zapatos y la ropa de este año sino también en destrezas y habilidades para el aprendizaje y para la relación con los demás. Desde el pequeñín que ya se desenvuelve por el pasillo de abajo y el salón de actos o la piscina como si siempre hubiera transitado por allí y en cada sitio vive y actúa como corresponde a su edad y momento vital, hasta el adolescente avanzado que, por el contrario, se va tropezando con todo (personas e ideas) a fuerza de estar más ensimismado que nunca antes y recuerda el jueves lo que debía haber presentado el martes.

Todos. Todos hemos vivido un curso más.

Y ese nuevo curso, esos diez meses de rutinas y sorpresas, de progresos y recaídas, nos han debido permitir conocernos un poco más (¡y mejor!) y seleccionar para lo venidero las actuaciones que más nos convienen y menos nos perjudican. A ellos, como infantes o muchachos. A nosotros, como padres que, de verdad, queremos lo mejor para ellos. Porque vivir debería convertirse en una academia abierta todos los días y a cualquier hora para seguir aprendiendo, para continuar entrenándonos en eso de discernir lo que de verdad importa, lo que no pasa de moda, lo que de verdad suena y ocupa sin ser ruido ni estorbo.

Que el verano ayude, en esa tarea, como un trago largo de agua en mitad de la caminata. Porque nada se ha acabado. Esto continúa. Y ha de hacerse con más convencimiento aún de que lo que hacemos lo estamos haciendo bien (o cambiar para mejor) y con más fortaleza todavía ante las muchas y potentes reclamaciones desasosegantes que en nuestro entorno se multiplican. Sobre lo divino y lo humano. En analógico y en digital.

Y ahora que se acerca el verano, quizá convendría considerar que tal vez nuestro “cuaderno de vacaciones” -como adultos responsables- debería traer actividades de estar más tiempo con nuestros hijos, seguir con ellos experiencias

que el resto del año están limitadas o se vuelven imposibles, valorar lo que se viene haciendo o lo que se decidió en su día para concluir si merece la pena seguir haciéndolo o cambiar, de algún modo, porque no nos acaba de dejar satisfechos. Vivir y criar no dejan de ser, también, intervenciones de laboratorio y debe ser difícil experimentar y sentir lo mismo si se hace el camino de Santiago en helicóptero, si hay más *google* que entraña a la hora de corregir o de consolar, de prevenir o de motivar.

Para que no nos alcance el espanto del sufrimiento desgarrador del que tenemos conocimiento por las redes de ahora o la radio y la televisión de siempre, no olvidemos que nuestros hijos tienen un tiempo para aprender a ser personas (desde el ejemplo y la experimentación de los adultos que les rodean, sobre todo) y toda una vida para adquirir conocimientos. Caigamos, pues, en la cuenta de que no tenemos tantos veranos de su existencia y la nuestra para poder brindarles en otros escenarios y a otros ritmos, lo mejor de nosotros mismos desde la sinceridad y la autenticidad, con nuestros defectos y virtudes, nuestros ejercicios resueltos a la primera y los que se nos resisten. Simplemente para que ellos entiendan que aunque no eligieron ser nuestros hijos no les ha ido tan mal con la lotería que nos los asignó.

Y, siempre, intentando no decaer hasta el punto de la rendición. Porque habrá rachas, como las del viento, que unas veces serán de agradable brisa y otras de amenazador huracán. Hay que sobreponerse. Y esperar que la teoría de la cabeza y la práctica de la voluntad ayuden a salir airosos de todos los exámenes a los que el largo curso de la vida nos va convocando.

Que se cumplan -gozosas- todas las ilusiones que para compartirlas con infantes o adolescentes fuimos albergando mientras discurrían los tiempos del frío y las noches con prisa y el verano era solamente un horizonte lejano. Ahora que ya está aquí, que todo lo bueno posible, nos alcance en el pueblo, en la playa o en la casa durante esta parada técnica y, por el bienestar que nos proporcione, permita concebir otro curso -el que viene- aún más provechoso y saludable, en todos los sentidos.

Porque habrá dudas sobre el cambio climático o los riesgos de los transgénicos. Son legión los que apuestan por el teletrabajo pero no menor la milicia que reivindica lo presencial. Abundan los devotos del tatuaje y en igual medida los que prefieren seguir con la cubierta de fábrica. Lo que no parece abrir controversia alguna es que este oficio de padres es el más meritorio, apasionante, y desgastador de todas las ocupaciones sin reconocimiento.

Aún así o, precisamente por eso, sintamos la grandeza de regalarnos sin tasa en cada instante que compartimos con ellos.

¡Muy feliz verano!